

Es sólo una enfermedad

Jesús Campos García

SACERDOTE

Cuando supe que en San Francisco había una enfermedad que sólo mataba a los maricones, pensé: alabado sea Dios, por fin vamos a acabar con esa plaga de degenerados. No está bien alegrarse de una cosa así, lo sé, pero me alegré. Por una vez los males de este mundo no eran arbitrarios, sino que castigaban, como una maldición, la insolencia de los pecadores. Sodoma y Gomorra volvían de nuevo a sucumbir bajo una lluvia de fuego. ¡La ira de Dios! Al fin la ira de Dios fulminaba a quienes atentaban contra las leyes de la naturaleza.

Pero cuando ayer fui a recoger el resultado de los análisis y supe que era seropositivo –yo, seropositivo; yo, que sólo voy con mujeres–, sentí que me convertía en estatua de sal.